

Gabriel Bellomo

# LA VIDA AUSENTE

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

GABRIEL BELLOMO  
LA VIDA AUSENTE

TUSQUETS  
EDITORES

PRIMERA PARTE  
Buenos Aires, julio de 1977

## Las infinitas variantes del silencio

Ana se asoma a los cristales empañados. Las plantas en las macetas resisten el embate del agua. El toldo, rasgado y desprendido en un extremo, chicotea contra el armazón de hierro. La ciudad parece abandonada. Amigos de los que nada se sabe, otros que ya se fueron, algunos que están por hacerlo y se contactan con ella y con Mauro para convencerlos de que deben marcharse cuanto antes. Es lo razonable, les dicen, lo que deben hacer.

Han consumido horas de sueño hablando sobre esto, barajando la posibilidad de irse a la Patagonia, a Dolavon, el pueblo donde nació y vivió Mauro hasta la adolescencia. Pero antes de ayer recibieron una llamada de la Cancillería italiana para retirar de forma urgente una encomienda diplomática. Se trataba de un ejemplar del libro de relatos de Mauro que Stephano se empeñó en publicar en su pequeña editorial romana. Venía acompañado de una invitación para asistir a la presentación del libro y de una carta en la que se les informaba que estaban en trámite los pasajes y los pasaportes de los dos.

Una maniobra de Stephano de principio a fin. La insistencia para que *Seres de entreguerras* se conociera en Italia,

para que su hija Rachele ayudara a Mauro en la traducción y para que el libro de relatos integrara el catálogo de ficción de su pequeña editorial La Resistenza. Y ahora el viaje. Para ellos, lo discutieron intensamente anoche, una manera de tomar distancia y reflexionar. Se irán, aunque ¿por cuánto tiempo? Es esto lo que discutieron: ¿quince días?, ¿un mes?, ¿meses? Además, y esto lo saben, hay en Italia una avanzada del fascismo, hay quienes celebran la reciente muerte del eminente Emilio Sereni, una pérdida enorme para el Partido Comunista.

El frío en sus rodillas, más todavía en sus pies desnudos (al entrar en el estudio se quitó los zapatos y, sin pensarlo, absurdamente los colgó del perchero, y encima de ellos el impermeable). A pesar de que sabe que aún no repararon la caldera, alarga el brazo hacia el radiador. Se restriega las manos ante el ventanal y enseguida se cruza de brazos —más bien, lo piensa, se abraza a sí misma—. De continuar aquí, viendo lo que ve, terminará congelada. Gira y vuelve a su mesa de trabajo frente a la que permaneció sentada casi toda la mañana, rodeada de estas cosas: la acuarela que pintó Bruno la noche que enfermó, la caja del juego «El cerebro mágico», los recortes de diarios, el álbum de fotos, el grueso cuaderno escolar de hojas lisas que fue su diario con la etiqueta blanca de viñetas celestes: «Cuaderno de Roma». Vivieron en Roma. En Roma nació Bruno. En Roma murió. No sucedió hace tanto, después de todo. Catorce años, poco menos de catorce años. Llevaba este cuaderno consigo a todas partes, junto a su cámara, en el morral que

aún conserva y colgaba a su espalda y era parte de su atuendo. Pasa las hojas. Se detiene. Lee. Lo que lee fue escrito aquella tarde de las fotos en Campo de' Fiori, sentada en el borde de la fuente y respondiendo las incesantes preguntas de Bruno. Se trata de la transcripción de un sueño increíblemente feliz; en verdad, el sueño describía su felicidad de entonces junto a Bruno y Mauro; unas líneas más abajo había puesto la palabra «Fin». Sin pensarlo, como si de ese modo cristalizara su felicidad, la hiciera invulnerable.

Lee entradas al azar, esa especie de introducción que abre el cuaderno: tres páginas con las razones por las que se marchaban de Buenos Aires y esa frase que la hace sonreír: «para hacer una vida» (ternura y vergüenza; «hacer una vida», ¿de qué se creerían capaces?). Pero lo sabe, claro que lo sabe: Mauro soñaba con ser escritor; ella, fotógrafa. Y lo son, el sueño se cumplió. Pero también se cobró su precio. Uno que jamás hubieran querido ni aceptado pagar. Sin embargo, estaba la arrogancia, el auto de fe de sus principios y convicciones. A Mauro le llegó la beca. Un profesor de Letras de veinticinco años con una beca para especializarse en Literatura Moderna en La Sapienza; una fotógrafa de veintitrés que se convertiría en discípula de algún maestro europeo. Dos jóvenes, apenas eso, que en Roma vivirían a salvo. Meses antes eran dos desconocidos que acababan de cruzarse en un curso de la Dante Alighieri. Al término de la clase ella aceptó un café en el bar de la esquina. No fue uno, sino tres cafés. Había mucho en común, pero antes que eso se gustaron. Al salir del bar esta-

ban enamorados y sabían que ya no podrían separarse. Y en el mismo vértigo sobrevino lo de la beca. Ella enfrentó la cariñosa resistencia de sus padres. Mauro daba razones por carta a su madre, quien despachaba resignadas recomendaciones desde Dolavon, Chubut, dentro de encomiendas que contenían siempre algo distinto: una bufanda tejida para él, una para ella, para el frío europeo, una foto del padre de Mauro porque él quería tenerla cuando estuviera lejos.

Pero ahora está aquí, en su estudio, rodeada de diarios apergaminados y frágiles, resecos (piensa: el tiempo que-  
ma como el fuego), desplegando las hojas con cuidado, con temor de que, repentinamente, se disgreguen en sus manos. *La Repubblica*, *Il Messaggero*, el *Corriere della Sera*. Crónicas aparecidas en los días siguientes a la tragedia, entre el 31 de agosto y el 4 de septiembre de 1963. El pasado, por tanto, son estas noticias en primera plana. Inevitablemente aparece el nombre del loco, el partisano que irrumpió en el hospital: Franco Cosini. Una vez, y otra, y otra le viene a la mente. Franco Cosini. Ella lo expulsa, niega a Franco Cosini, pero él regresa, va, viene, para que nunca olvide.

Ahora su memoria se remonta a unas semanas antes de ese episodio, al incendio de la pensión: en unas cuantas horas, el edificio que había sido durante siete años su hogar en Roma se convirtió en una estructura sin mampostería, un esqueleto de hierros retorcidos. Se acuerda bien de aquella noche, de esa mezcla de rabia e impotencia con que fotografió las llamas, los túmulos de ladrillos ennegre-

cidos, los cacharros tiznados, los contramarcos de puertas carbonizadas, los tramos de escaleras derrumbadas.

El «Cuaderno de Roma». ¿Qué escribía en él?, ¿sobre qué escribía? Todo. Todo era materia de escritura, en especial su yo exaltado. Tomaba notas al ritmo de las pasiones y lo hacía en un tono demasiado romantizado, casi con la pretensión de que algún día alguien puesto a trabajar en su biografía fuera a indagar en esas páginas. Aunque nada de lo que aparece es falso, nada en ellas miente. Por las noches, antes del nacimiento de Bruno, recorrían con Mauro las márgenes del Tíber. En un bar o en otro se encontraban con sus amigos Bianca y Stephano; Mauro llevando encima siempre su libretita de apuntes –los camaradas lo apodaron rápidamente *el extranjero* y él escribía los primeros artículos políticos para *Quaderni Rossi*; incluso para el asombro y el regocijo de ambos, los primeros relatos de Mauro se editaban en *La Stampa*–, y ella, que ya frecuentaba los estudios de prestigiosos fotógrafos romanos, iba detrás de la historia del paso de Robert Capa por Roma, con la cámara al cuello –vistiendo en verano camisas sueltas de Mauro y pantalones y, en invierno, pulóveres oscuros de cuello volcado a lo Marguerite Duras–.

Lee la página que escribió la misma noche del incendio de la pensión: «Pasamos la tarde con Bruno en Campo de' Fiori. Más tarde nos reunimos con Mauro en el local del Partido. Bruno cargaba como podía 'El cerebro mágico', del que nunca se separa, estaba cansado, pedía un helado...». ¿Lo recuerda?, se dice al tiempo que se reclina en la butaca y fija la vista en la ventana. Claro que lo recuerda. No hace

más que recordar. Roma vuelve a estar en el centro de su vida. «Pedía un helado —lee—. El sol comenzaba a ocultarse tras los edificios y el calor parecía retenido en las piedras, en los muros estucados, las cosas irradiaban un aire quieto, calcinado. A esa hora, el celeste plano del cielo se hizo levemente azul y Bruno marchaba en medio, los tres cargando algo: él, su juego de caja; yo, mi morral; Mauro, su portafolios. Los dejé adelantarse para observar cuánto se parece Bruno al padre vistos de atrás, una copia en escala. Todo estaba así hasta que en una esquina apareció un grupo de personas al que se sumaban otras, todos hablando desordenadamente, señalaban algo en una calle transversal, apuntaban arriba, adelante. La caminata desprevénida se convirtió en algo distinto. Al acercarnos vimos lo que ellos veían: la alta columna de humo a una distancia difícil de calcular».

«Policías, vallas, la muchedumbre congregándose. Anochece. No resultaba sencillo distinguir lo que estaba ocurriendo a trescientos metros o más. Sin confesárselo a Mauro tendríamos el mismo presentimiento. Avanzamos por calles laterales, cada vez más desconcertados y expectantes. Por fin el mal augurio se confirmó. La pensión ardía y nosotros perdíamos todo: los libros, la máquina de escribir de Mauro, la ropa, las fotos. Tres horas más tarde, desaparecido el interés de Bruno por las detonaciones y las altísimas llamas, por los chorros de agua de las mangueras de bomberos, comenzó a fastidiarse. Tenía hambre, sed, sueño, lloriqueaba. Al fin Mauro lo alzó, y Bruno se durmió en sus brazos».

Así lo anotó en el cuaderno. Así fue. Así sigue siendo, aunque un tanto emborronado, en su memoria.

En un mes hubiera cumplido veintiún años, piensa. En ocasiones trata de verlo en Mauro, ya que no solo era la forma de sus ojos, también el color. El mismo color claro e inestable, la misma mirada por momentos impenetrable. ¿Y de ella qué habría heredado? ¿La sonrisa? Tal vez. Se conformaría con que Bruno tuviera su sonrisa. La nariz, la nariz y la boca, decía Bianca. Y Mauro decía: «Es como vos, es igual a vos». Pero ¿cómo saberlo? Y, entretanto, ella, una madre extasiada, ¿qué veía de sí en el hijo que pronto le sería arrebatado? («arrebatado»; una invectiva infantil, debería buscar una palabra menos teatral). Porque definitivamente no se trata de los años que le restaron a Bruno por vivir, sino de los transcurridos en su ausencia, secos, estériles. No hubo otro hijo. Jamás lo hablaron. Simplemente así fue. Tras la muerte de Bruno se abandonaron a ese largo paréntesis de nada.

Aunque no es todo, no es suficiente. Hay algo más, algo que no confiesa –la piedra sobre el pecho, el anillo de hierro en la garganta–, y es que lo extraña. Es lo que le sucede, lo que nunca dejará de sucederle. Extraña a un hijo que, de tanto en tanto, nombra, en voz baja. En ocasiones, alguien –un hombre, una mujer; siempre hay quien nos trae de vuelta al mundo, a sus escasas posibilidades– se queda mirándola. Son segundos, tres, cinco, los suficientes para tener conciencia de estar reclamando

un hijo del que desde hace demasiado tiempo no oye su voz. Quién sabe cuántos en la calle, en el subte, la habrán oído decir «Bruno». Hubo un tiempo en que Bruno reconocía dulcemente su llamado, y con esa especie de ronquera infantil respondía «mamá, *mamma*», en ocasiones «Ana».

Ahora, al invocarlo, no espera más que las infinitas variantes del silencio.